

ADIOS ILYA RENBURG heberto padilla

Ilya Ehrenburg acaba de morir y es la suya una de esas muertes que desconciertan. Atareado como estaba en escribir las memorias que tal vez sean su obra más importante, Ehrenburg aplazaba diariamente la muerte. Era como si su destreza para sobrevivir a tantas catástrofes fuera también un ardid para engañar el tiempo. Tenía setenta y seis años y había elaborado la imagen de un hombre interminable entre la juventud y la vejez.

No es posible comprender lo que esta muerte significa sin haber vivido en su patria. Elsa Triolet, que nació allí, ha declarado a los periodistas: "Se dice frecuentemente que ningún hombre es insustituible. Es posible, ¿pero cómo llenar este vacío?". Y estoy seguro de que no estaba reaccionando con la angustia engañosa que suele consentirse la inteligencia ante la muerte de un hombre de valor, sino con una convicción desesperada. Es que la muerte de Ehrenburg no interrumpe una obra literaria que —con virtudes y defectos— había hecho ya; ella pone término a una conducta. Y esa conducta,

esa actitud admirable ante la vida es la que no podrá ser reemplazada fácilmente.

"Muchas de las personas de mi generación han caído bajo las ruedas del tiempo. Yo he sobrevivido no por ser más fuerte y perspicaz que ellos, sino porque en ciertas épocas la suerte del hombre recuerda más bien una lotería que una partida jugada según todas las reglas". Eso está escrito en la primera página de sus *memorias*. Pero es cierto también que fue uno de los pocos que supo introducir algunas reglas de jugador en esa lotería de la cual se imaginaba un simple beneficiario. Como había advertido D'Astier en el prólogo a la edición francesa de "Años y Hombres", "Ehrenburg es demasiado sabio para lanzar sus cartas con un grito inútil... Se le escucha con pasión porque es el hombre que ha pasado a través de cataclismos y terrores, con el privilegio de aprobar menos que los otros y de decir más que los otros".

A la hora de escribir estas cuartillas he vuelto a sus viejos libros de poemas, reportajes, novelas, ensayos. Tengo predilección por *Julio Jurenito*, escrita en sus comienzos, en los significativos años veinte. A este Jurenito, revolucionario de lógica demoledora y cínica, Ehrenburg le hace decir ante una comisión gubernamental que discute el modo en que los artistas pueden darse al trabajo de propaganda y agitación políticas sin dañar sus talentos creadores: "¿Qué obtendríais de vuestros artistas propagandistas? Algunos poemas, algunas tragedias, algunos cuadros emborronados en honor de los planes de producción. Serían tan inferiores a las obras del pasado, que cuando los ciudadanos las comparasen a los poemas de Pushkin, a las tragedias de Shakespeare, a las telas de Goya, sacarían la conclusión de que el comunismo paraliza el sentido creador".

Respondiendo a la proposición de los comisarios de recompensar con más calorías una libertad creadora en que el artista acepte determinados sacrificios, Jurenito responde: "No hay compromisos posibles con el arte. Es un volcán cuya erupción puede destruir cualquier régimen. No le doblegaréis jamás al trabajo de propaganda. ¿Se puede hacer girar un molino con un huracán? ¿Se puede encender un cigarrillo con el rayo? Tal vez os habréis imaginado, por algún tiempo, controlar los vendavales por decreto, pero un día vendrá en que los rayos caerán sobre vuestras calvas cabezas".

Ehrenburg creía que "ni el hecho de tomar posición ni la política pueden rebajar una novela, siempre que

el autor sepa sentir, ver, pensar, con la profundidad que es inherente al arte”.

Ehrenburg fué el último sobreviviente de esa familia de escritores rusos profundamente vinculados a la tradición cultural de Europa Occidental; pero su especial simpatía por la literatura francesa no lo indujo a una asunción indiscriminada de lo que a menudo aparece como más representativo de ella: el gran estilo, la elocuencia, la pompa. Chateaubriand le era indiferente como Villemain y Rousseau, pero no ocultaba su devoción por Stendhal: “En una noche de otoño de 1829, un literato poco conocido decidió escribir una novela sin la cual difícilmente yo podría imaginar tanto la literatura universal como mi propia pequeña existencia”. Se refería a *El Rojo y el Negro*. “Stendhal es un clásico y nuestro contemporáneo —escribía— no se le puede clasificar en tal o cual tendencia literaria. Pertenece a todos y cada uno tiene derecho a ver en él su maestro”.

Como Chejov y Babel, Ehrenburg mostraba indiferencia por cierto culto eslavista que ha expresado siempre la literatura rusa. A la narración morosa, gradilocuente, que caracteriza esa tendencia, opuso el estilo conciso que en más de una ocasión la crítica rusa calificó de “telegráfico”. En un país donde la tradición de Tolstoy sigue normando la novelística, Ehrenburg aparecía como un solitario. Cuando se haga el estudio de su obra se verá cómo su esfuerzo de *reacción* contra esas corrientes literarias es lo que más compromete sus logros, lo que hace su literatura demasiado esquemática y circunstancial. Casi todos sus libros se resienten por eso. El suyo era un caso parecido al de Baroja en las letras españolas. Su aporte fue, sobre todo, de *estilo*, de *individualidad*. Es uno de esos escritores que toman siempre el primer plano. Lo que piensan y dicen es más interesante que lo que inventan. Es una literatura de testigos.

Los testimonios de Ehrenburg son excelentes. Difícilmente pueda encontrarse en nuestra época un articulista mejor. En el último tomo de su *Memorias*, publicado en Novi Mir, dedica varios capítulos a su viaje a Estados Unidos, después de la Segunda Guerra mundial (en la URSS se la llama la Gran Guerra Patria). “El cielo de Broadway ardía —escribe sobre Nueva York—, se elevaban las cumbres de los rascacielos, atormentaba el jazz, y abajo, como en un desfiladero de montañas, languidecían los rebaños humanos. Todo era maravilloso e

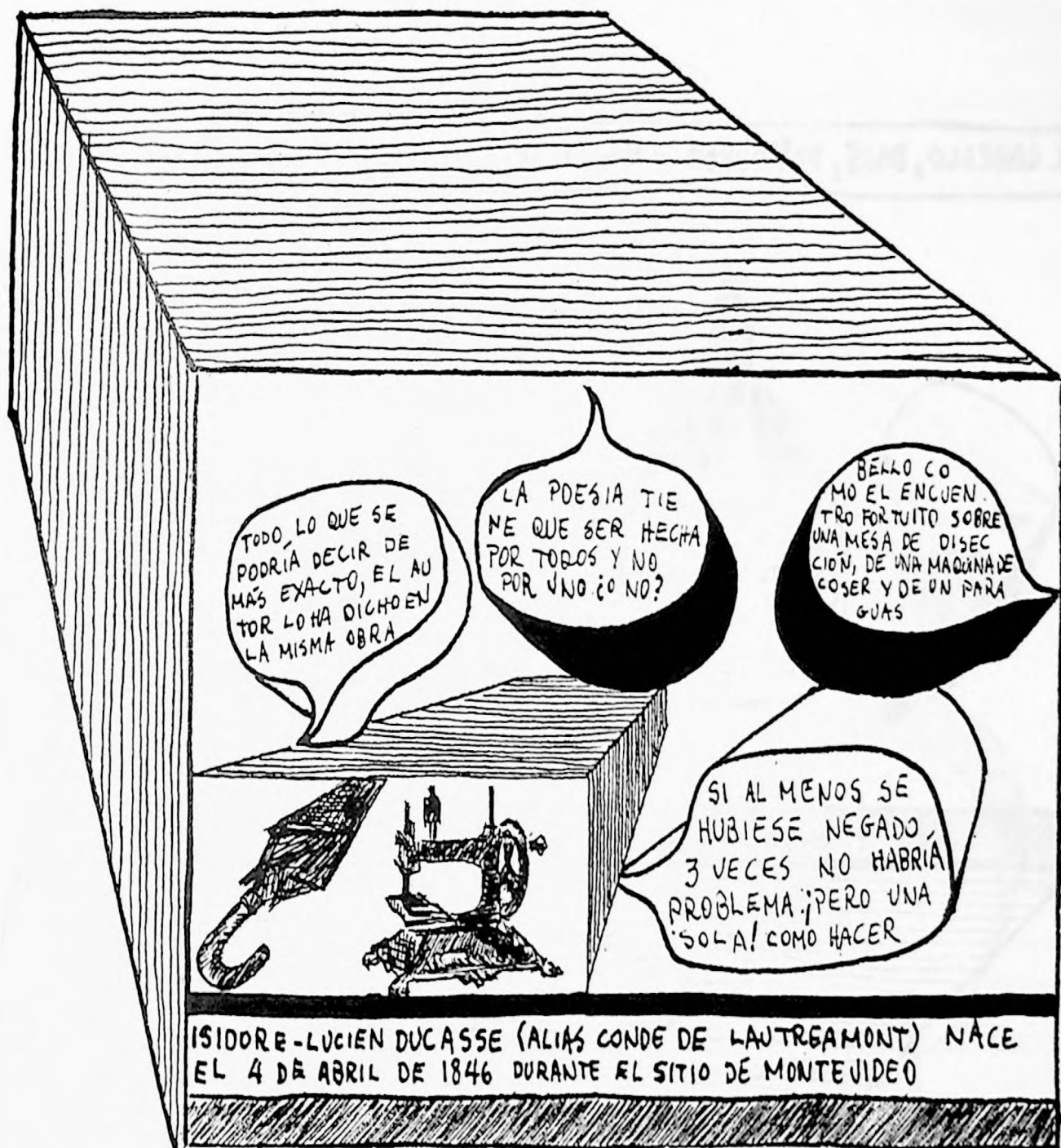
insoportable”. Pero él pidió ir al Sur: “Quería comprender lo que desde hace mucho tiempo era enigmático para mí: la situación de los negros en los Estados Unidos . . . Quería comprender por qué en el país donde se mezclaron todas las razas, nacionalidades y lenguas, florecían el rascismo y una original jerarquía de naciones”.

Visitó varias veces a Ehrenburg en los largos inviernos rusos, durante mi estancia en Moscú. Yo trabajaba a una cuadra de su apartamento de la calle Gorki y durante el tiempo de que disponía para almorzar, solía visitarlo. Le llevaba tabaco cubano y fumábamos y bebíamos café. Su conversación es inolvidable y yo no me atrevo a describirla diciendo que era aguda, ágil o brillante. Era todas esas cosas y más. Poseía un extraño encanto, una delicada fatiga en la acentuación de las palabras, una rapidez o una lentitud únicas. Se disgustaba porque los jovencitos moscovitas compraran tabacos por pura curiosidad. “Deberían exigir un documento que acredite la condición de fumador de habanos. Un millón de curiosos pueden consumir la importación de un año en sólo unas horas”.

Algunas veces su conversación se detenía en la literatura rusa. Me instaba a que aprendiera esa lengua y me hacía un panorama crítico de la literatura rusa que aun recuerdo con exactitud. Cuando hablaba de Marina Svetaeva lo hacía con admiración exaltada.

En 1963, durante los debates oficiales en torno a la cultura, le oí hacer una brillante disección de los acontecimientos. No se mostraba pesimista; tenía la convicción de que vida cultural de su país había entrado en una fase irreversible; nada la haría retroceder al pasado. Sólo le preocupaba la inexperiencia de los más jóvenes. Hablábamos, como siempre en su biblioteca; subitamente se puso de pie y me pidió que lo siguiera. Se detuvo en la sala, entre los cuadros de Picasso y Leger: “¿Van a decirme que este cuarto es el último bastión del arte moderno en Moscú?. No puedo creerlo”.

Le recordé esas palabras la última vez que nos vimos, haciendo un viaje en el mismo avión: él iba a Suecia, yo a Finlandia. La tempestad había pasado y Ehrenburg volvía de nuevo al extranjero. Es el último recuerdo que tengo de él. Iba a una reunión del congreso por la Paz. No estaba fatigado ni triste. Yo pensé que este viejo no podría morir jamás.

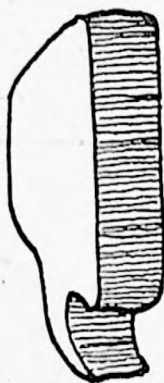


NUNCA ESTA DEMAS PEGARLE UNA RECORDADA

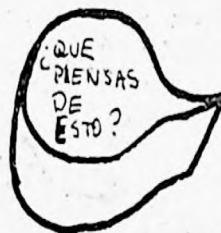
EL CABELLO, DIOS, MALDOROR y EL PISOJO



NO BRINQUES DE ESA
MANERA... CÁLLATE
CÁLLATE! SI ALGUIEN
LLEGARA A OIRTE,
TE VOLVERE A COLOCAR
ENTRE LOS OTROS
CABELLOS



ENTONCES EL PISOJO
SALIENDO SUBITA
MENTE DE DETRAS
DE UN PROMONTORIO



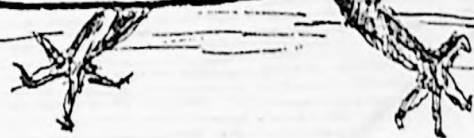
QUE
PIENSAS
DE
ESTO?

NUNCA ESTA DEMAS REGALARLE UNA RECORDADA

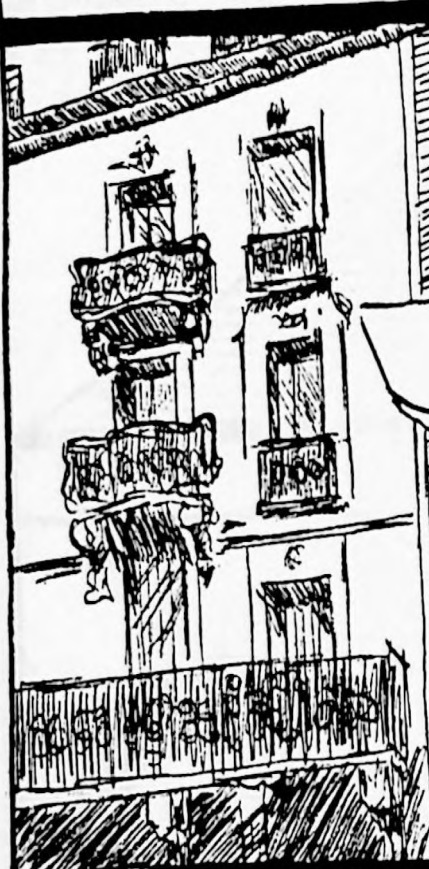
LA RANA Y EL PIE

CUANDO EL PIE
RESBALA SOBRE
UNA RANA,

SE EXPERI
MENTA UNA
REPULSION



MIENTRAS TANTO: EN EL Nº 7 DEL FAUBOURG-MONTMARTRE



LE RUEGO ME DIGA, SEÑOR, SI MI
PADRE LE HA DICHO QUE ME DE
DINERO FUERA DE LA PENSION A
PARTIR DE LOS MESES DE NOVIEMBRE
Y DICIEMBRE. EN ESTE CASO, ME
HARÍAN FALTA 200 FRANCOs PARA LA
IMPRESION DEL PREFACIO, QUE CON
ESO PODÍA ENVIAR EL 22 A MONTEVIDEO.
SI NO HUBIESE DICHO NADA, ESPERO
QUE TENGA UD. LA BONDAD DE ES
CRIBIRMELO

KIDORE DICASSE

LAUTREAMONT MUERE EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1870
DURANTE EL SITIO DE PARIS.

(fito VALENZUELA)